

¿Es posible definir el ensayo?

¿Es posible definir el ensayo, una vez admitido el principio de que no se somete a ninguna regla? ¿Qué poder cabe atribuir a esta forma de escritura, cuáles son, en definitiva, sus condiciones, sus deberes, sus apuestas?

Lo importante es la eficacia actual que se puede asignar al ensayo y las obras futuras que se podrán inventar en su registro. Pero, con todo, no resulta inútil echar una ojeada retrospectiva en dirección a su etimología y sus orígenes. Antes que nada, ¿de dónde proviene la palabra? Su historia se compone de muchos elementos notables y no merece ser desdeñada. Sólo interrogaré a la palabra *ensayo*, dejando de lado, no sin lamentarlo, los vocablos latinos que los contemporáneos de Montaigne han utilizado para traducir el título de su libro: *conatus*, *tentamina*, etc.

Essai se conoce en francés desde el siglo XII y proviene del bajo latín *exagium*, balanza; ensayar deriva de *exagiare* que significa pesar. Cerca del término se halla *examen*: aguja o lengüeta del fiel de la balanza y, por extensión, acto de pesar, examen, control. Pero otra acepción de *examen* designa el enjambre de las abejas, la bandada de los pájaros. La etimología común sería el verbo *exigo*, empujar hacia afuera, expulsar, más tarde exigir. Desde luego, es muy tentador que el sentido nuclear de las palabras actuales deba resultar de lo que han significado en un remoto pasado. Decir ensayo es decir pesada exigente, examen atento, pero también enjambre verbal que libera su impulso. ¿Por qué singular intuición el autor de los *Essais* hizo labrar una balanza en su medalla, añadiéndole la divisa *Qué sé yo?* Este emblema –destinado, por cierto, si los platillos están equilibrados, a simbolizar el espíritu en suspenso– representaba también el acto mismo del ensayo, el examen de la posición del fiel. Recurriendo a la misma metáfora de ponderación, Galileo, fundador de la física experimental, llamará *Il saggia-tore* a la obra publicada en 1623. Si seguimos interrogando a los léxicos, aprenderemos que *essayer*, en el Este y el Sur de Francia competía con *prouver* y *éprouver* (probar y comprobar, pero también experimentar), concurrencia interesante que hace del ensayo un sinónimo de puesta a prueba o búsqueda de una prueba. Se trata, convengámoslo, de cartas de nobleza

semántica que nos llevan a admitir que la mejor filosofía es la que se manifiesta bajo la forma del ensayo.

Prosigamos por un momento la historia de la palabra. Su fortuna se extendió fuera de Francia. Los *Essais* de Montaigne tuvieron la suerte de ser traducidos y publicados en inglés por John Florio en 1603 e impusieron su título, si no su estilo. A partir de Sir Francis Bacon, se empiezan a escribir ensayos al otro lado del Canal. Cuando Locke publica su *Essay concerning Human Understanding*, la palabra ensayo no anuncia ya la prosa primeriza de Montaigne, sino que señala un libro que propone ideas nuevas, una interpretación original de un problema controvertido. Y con este valor la palabra será frecuentemente empleada. Pone en guardia al lector y le hace esperar una renovación de perspectivas, o al menos el enunciado de unos principios fundamentales a partir de los cuales será posible un nuevo pensamiento. Voltaire trastorna el conjunto de los hechos históricos en su *Essai sur les mœurs*; el acta inaugural de la filosofía de Bergson se titula *Essai sur les données immédiates de la conscience*. Diderot, cuyo pensamiento armoniza a menudo con el de Montaigne, aporta una confirmación: «Prefiero el ensayo al tratado; un ensayo que me arroja algunas ideas geniales casi aisladas, que un tratado en que esos gérmenes preciosos acaban sofocados bajo el peso de las reiteraciones» (*Sur la diversité de nos jugements*).

En cualquier caso, hay que tener cuidado de creer que la historia de la palabra *essai* y sus derivados sea un recorrido uniformemente triunfal. He celebrado hasta ahora la eminente dignidad del ensayo, pero debe admitirse que no le ha sido reconocida universalmente. El ensayo, al menos para algunos, tiene sus manchas e indignidades y de ellas es responsable la palabra misma. El ensayo, el golpe de prueba, no es más que una aproximación preliminar. Quien quiera llegar ¿no debe hacer algo más?

No es la lengua francesa sino la inglesa la que, a principios del siglo XVII, inventa la palabra *essayista*, que desde sus comienzos comporta algo peyorativo. Se lee en Ben Jonson: *Mere essayists, a few loose sentences, and that's all!*: «Unos meros ensayistas, algunas frases descosidas y nada más». Parece que la palabra *essayiste* fue llevada tardíamente a Francia. Se la encuentra en 1845 en Théophile Gautier con el sentido de «autor de obras sin profundizar». Constatemos la sospecha de superficialidad que se liga con el ensayo. Montaigne mismo ofrece armas a los detractores del género. Ironiza o finge ironizar sobre su libro, pues sus estrategias son sutiles, al declarar que sólo pretende «desflorar, pellizcar la cabeza» de los temas escogidos: que no se le tome por un docto, por un hacedor de sistemas, por un autor de macizos tratados. La cabeza es la flor, no la raíz. Hay especialistas y artistas para investigarla. Él sólo escribe por placer, sin buscar una

retahila de citas y comentarios. Pero hay que constatarlo: los doctos lo despreciaron o, por mejor decir, se detuvieron en la diferencia de los géneros, defendiendo el profesionalismo del saber, del cual Montaigne, quizá por orgullo nobiliario, creía estar fuera de sospecha. La universidad, en el apogeo del período positivista, tras fijar las reglas y los cánones de la investigación exhaustiva y seria, rechazó tanto el ensayo como el ensayismo, arrojándolos a las tinieblas exteriores, a riesgo de prohibir, a la vez, el brillo de su estilo y sus audacias de pensamiento. Visto desde el aula y evaluado por el tribunal de tesis, el ensayista es un amable aficionado que se encuentra con el crítico impresionista en la zona sospechosa de lo no científico. Y es cierto que, perdiendo su substancia, el ensayo pudo derivar en crónica periodística, panfleto polémico, charla de bueyes perdidos. Estos subgéneros del ensayo no merecen, desde luego, un desprestigio particular. La crónica puede devenir pequeño poema en prosa; el panfleto, si lo escribe Benjamin Constant, puede ser *De l'esprit de conquête*; la charla puede encarnarse en la voz de Mallarmé. Pero una cierta ambigüedad sigue persistiendo. Lo digo con franqueza: si me dijeran que practico el ensayismo, me sentiría ligeramente herido, lo tomaría como un reproche.

* * *

Miremos imaginariamente la portadilla del libro en la edición de 1580: *Essais de Messire Michel, Seigneur de Montaigne, Chevalier de l'Ordre du Roi et Gentilhomme ordinaire de sa chambre*. Montaigne despliega todos sus nombres y títulos, y se vale de ellos.

Messire Michel figura en caracteres bastante mayores que la palabrita *Essais* que se aísla en la línea superior. Este título revela a la vez algo que se esquila y algo que provoca: no dar pasto, en esos tiempos de intolerancia, con unas tesis demasiado afirmativas, a las acusaciones de herejía e impiedad. La inclusión en el *Index* tardó varios decenios. ¿Qué argumento puede dar a la censura religiosa un pensamiento cuyos productos, en su pluralidad aparentemente incoherente, se definen como esbozos, tentativas, fantasías, imaginaciones irresueltas? Es decir: no se pasa de un intento de pensar. Más aún: «Voy inquiriendo e ignorando» o «No enseño, narro». Se anuncia que no ha de buscarse en el volumen materia para litigios doctrinales. La humildad, mera apariencia, no es más que un alarde. Montaigne sabe perfectamente que se denomina ensayo al uso de una piedra de toque, de las que permiten determinar con firmeza la naturaleza y el título de un metal. Y declarándose autor de ensayos, Montaigne propone un desafío. Deja entender que un libro merece ser publicado, aunque permanezca inacabado, aun si no trata de ninguna esencia, si sólo ofrece una experiencia

inconclusa, si apenas consiste en unos ejercicios preliminares, con tal de que se relacione estrechamente con una existencia, la existencia singular de Messire Michel, Seigneur de Montaigne. No soy el primero en señalarlo. Es necesario que la importancia del individuo, de la persona (digámoslo con la palabra que Denis de Rougemont cambió tanto de sentido) sea tan considerable, fuera de toda consagración religiosa, histórica o poética, para que el primer gentilhomme que aparezca se preocupe en mostrarnos sus *ensayos*, en revelarnos sus *condiciones* y *humores*.

¿Con cuáles objetos y realidades ensaya Montaigne y cómo lo hace? Tal es la pregunta que debemos formularnos con insistencia si queremos comprender lo que está en juego en un ensayo. Constatemos ante todo que lo propio del ensayo es lo plural, lo múltiple, lo que legitima el plural del título *Essais*. No se trata sólo de tentativas reiteradas, de pesadas repetidas, de golpes de prueba a la vez parciales e infatigables. Esta pretensión de comienzo, este aspecto incoativo del ensayo, son seguramente capitales, porque implican la abundancia de una energía jubilosa que no se agota nunca en su propio juego. Y, más allá, su campo de aplicación es ilimitado, y la diversidad con la que se miden la envergadura de la obra y la actividad de Montaigne, nos dan desde la creación del género un panorama muy exacto de los derechos y privilegios del ensayo.

A primera vista digamos que se pueden distinguir dos vertientes del ensayo: una objetiva y otra subjetiva. Y añadamos en seguida que el trabajo del ensayo trata de establecer entre ambas vertientes una relación indisoluble. El campo de experiencia, para Montaigne es, ante todo, el mundo que se le resiste, son los objetos que el mundo le ofrece, es la fortuna que juega con él. Tal es la materia ensayada, la sustancia que se pesa, en un acto que, no obstante el emblema de la balanza, es en él menos instrumental que el practicado por Galileo. Es más una ponderación manual, una manipulación, una conformación. Montaigne entendía eso de «pensar con las manos», pues sus manos estaban siempre en movimiento, aunque se declarara incapaz de cualquier trabajo manual. Hay que saber, por junto, meditar y manipular la vida. No hace falta que recuerde estas maravillosas líneas: «¿Qué hay de las manos? Pedir, prometer, llamar, despedir, amenazar, orar, suplicar...» (Me detengo al comienzo de la prodigiosa lista en la cual Montaigne enumera los actos de que son capaces nuestras manos). A pesar de ciertas declaraciones, privilegiadas por una interpretación intimista, Montaigne no es un ausentista. Este hombrecito, cuyos andares son rápidos y firmes, cuyo espíritu y cuyo cuerpo rehuyen el reposo, se puso siempre a la cabeza de las personas, los cargos públicos, las situaciones peligrosas, para evitar exabruptos e imprudencias. No haré el inventario: el parlamento de Guyenne, la alcaldía de Burdeos, la corte del rey de Navarra. Recorrió por rutas inseguras

ras Francia, Italia, Suiza, Alemania; llegó a Roma y a su curia pontifical. Estuvo cerca de hambrunas y pestes, conoció brevemente la cárcel de Ligeurs (París); se unió a los ejércitos reales en campaña y no se sustrajo a los peligros omnipresentes: guerra civil, emboscadas, bandidaje. Admira la extraversion de este escritor que querrá, por su parte, pintarse a sí mismo. No dejó de observar los desórdenes del mundo. Supo ver perfectamente que los diferendos metafísicos y teológicos carecen de solución, salvo puñales y hogueras, y que la realidad evidente que debemos evitar está constituida por el conflicto violento entre los adeptos de creencias y partidos antagónicos. El *¿qué sé yo?* de Montaigne concierne a nuestro poder de probar la verdad de los dogmas y de alcanzar las esencias ocultas, pero no a nuestro deber de hacer prevalecer unas leyes protectoras que dejan a cada persona, a cada comunidad, la libertad de honrar a Dios conforme a las exigencias de su íntima convicción. Montaigne nada eludió de cuanto le rodeaba. Si por momentos fue más espectador que actor, habló tan lúcidamente que provocó la conmiseración activa por medio de la palabra, en el sentido de la tolerancia religiosa y la moralidad política. Se comprometió con los católicos y el rey, pero sin cegarse con los excesos de su propio partido y sin romper con Enrique de Navarra y los protestantes. Muchos intelectuales de hoy, para quienes el compromiso consiste en firmar manifiestos y bajar a la calle sin mayor riesgo, no han sabido conservar una equidad comparable.

Montaigne hace el ensayo del mundo, con sus manos y sus sentidos. Pero el mundo se le resiste y esta resistencia, por fuerza, la percibe en su cuerpo, en el acto de aprehensión. Y en este acto, ciertamente, Montaigne siente la presencia del objeto, pero a la vez el esfuerzo de su propia mano. La naturaleza no está fuera de nosotros, sino que nos habita, se da a sentir en el placer y el dolor. En su propio cuerpo, Montaigne ensaya los ataques de la enfermedad. A veces, la naturaleza, tan benevolente en su maternal solicitud, nos recuerda los límites que nos ha impuesto. Es la otra cara de su ley, de la ley de Dios, al cual, según las palabras de Shakespeare, tan cercano a Montaigne, «debemos una muerte». Montaigne le ha prestado la más aguda atención. Cuando sufre sus atroces cólicos de vejiga, debidos al mal de la piedra, intenta divertir su pensamiento (es el método que preconiza en uno de sus ensayos), mas no sin experimentar la curiosidad de afrontar el dolor, en su mismo hogar, allí donde clava su peor aguijón. «Toco donde más me duele... Si me practican cauterios o incisiones, quiero sentirlos». Cuando se desmaya al caer del caballo, es para espiar, en cuanto puede, sus estados de semiconsciencia en los que se imagina alcanzando ya a la muerte, jugando a la agonía. De tal suerte, habrá de morir después del ensayo general de su muerte, de su ejercitación. Hasta llegó a ordenar que interrumpieran su sueño, para que pudiese *entreverla*. El ensayo, en Montaigne, es, entonces, también, la mirada vigi-